

La exhortación *Gaudete et exsultate* del papa Francisco

El papa Francisco no nos sorprendió con esta nueva exhortación titulada *Gaudete et exsultate* del 19 de marzo de este año 2018. Va en la línea de la otra exhortación *Evangelii gaudium* (24 de noviembre de 2013). Se ve que tiene en su corazón ese imperativo que recorre varias páginas del evangelio y también algunas cartas de san Pablo: *Alegraos*. Desde la anunciación del ángel Gabriel a María (cf. Lc 1,28) hasta el efecto que provocó Jesús en los apóstoles después de la Ascensión: «Se volvieron a Jerusalén con gran alegría» (Lc 24,52).

Debemos agradecer al papa Francisco el hacer memoria de esta exhortación a la alegría, en medio de tantas turbulencias políticas, sociales, ideológicas y eclesiales. El hombre es muy olvidadizo. Y el hacer memoria de cuánto ha hecho y hace Dios por nosotros nos hace bien y nos llena de ánimo y esperanza y gozo profundo.

Quiero ofrecer un resumen de la exhortación papal *Gaudete et exsultate* sobre el llamado a la santidad en el mundo actual que nos anima a todos a tomarnos en serio este imperativo de Dios: «Sed santos, porque yo soy santo» (Lv 11,44). O en palabras de Cristo: «Por tanto, sed vosotros perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5,48). O aquellas palabras de Pablo: «Gracias al Padre que os ha hecho aptos para participar en la herencia de los santos en la luz» (Col 1,2). «Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación» (1 Tes 4,3). También nos invita el mismo apóstol Pablo a vivir «como conviene a los santos» (Ef 5,3), a revestirnos «como conviene a los elegidos de Dios, santos y predilectos, de sentimientos de misericordia, de bondad, de humildad, de dulzura y de paciencia» (Col 3,12).

El tema de la santidad no es nuevo en los documentos eclesiales y en las enseñanzas de los papas. En la constitución dogmática *Lumen gentium* sobre la Iglesia del concilio Vaticano II, en el capítulo 5 se habló del llamado universal de la santidad. Es decir, todos estamos llamados a la santidad. No sólo están llamados a la santidad los obispos, presbíteros y religiosos, sino también los laicos.

Antes del concilio Vaticano II, diversos documentos papales exhortaban a los sacerdotes a la santidad, como exigencia y deber de su consagración a Dios. Espiguemos algunos textos.

Haerent animo, exhortación apostólica del papa san Pío X (1908) sobre la santidad del clero, dice en el número 3:

Si el sacerdote descuida su santificación, de ningún modo podrá ser la sal de la tierra, porque lo corrompido y contaminado en manera alguna puede servir para dar la salud, y allí donde falta la santidad, inevitable es que entre la corrupción. Por ello Jesucristo, al continuar aquella comparación, a tales sacerdotes les llama sal insípida que para nada sirve ya sino para ser tirada, y por ello ser pisada por los hombres.

Y en el número 5 se añade:

A esta santidad de vida, de la que aún queremos hablar más todavía, atiende la Iglesia por medio de esfuerzos tan grandes como continuos. Para ello instituyó los Seminarios: en éstos, los jóvenes que se educan para el sacerdocio han de ser imbuidos en ciencias y letras, han de ser al mismo tiempo, pero de un modo especial, formados desde sus más tiernos años en todo cuanto a la piedad concierne. Después, como solícita madre, la Iglesia los conduce gradualmente al sacerdocio, con largos intervalos en los que no perdona medio alguno para exhortarles a que adquieran la santidad.

La encíclica *Ad catholici sacerdotii* de Pío XI (1935) nos dice en el número 26:

Con todo, es manifiesto que tal dignidad ya de por sí exige, en quien de ella está investido, elevación de ánimo, pureza de corazón, santidad de vida correspondiente a la alteza y santidad del ministerio sacerdotal. Por él, como hemos dicho, el sacerdote queda constituido medianero entre Dios y el hombre, en representación y por mandato del que es único mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo Hombre. Esto le pone en la obligación de acercarse, en perfección, cuanto es posible a quien representa, y de hacerse cada vez más acepto a Dios por la santidad de su vida y de sus acciones; ya que, sobre el buen olor del incienso y sobre el esplendor de templos y altares, lo que más aprecia Dios y lo que le es más agradable es la virtud. «Los mediadores entre Dios y el pueblo —dice Santo Tomás— deben tener limpia conciencia ante Dios y limpia fama ante los hombres». Y si, muy al contrario, en vez de eso, quien maneja y administra las cosas santas lleva vida censurable, las profana y comete sacrilegio: «Los que no son santos no deben manejar las cosas santas».

Y Pío XII en su encíclica *Menti nostrae* (año 1950) en el número 4 exhorta paternalmente a los sacerdotes a la santidad, sin la que el ministerio que les está confiado no puede ser fecundo.

También el concilio Vaticano II en el decreto *Presbyterorum ordinis* recalca la urgencia de la santidad sacerdotal en el número 12:

Puesto que todo sacerdote representa a su modo la persona del mismo Cristo, tiene también, al mismo tiempo que sirve a la plebe encomendada y a todo el pueblo de Dios, la gracia singular de poder conseguir más aptamente la perfección de Aquel cuya función representa, y la de que sane la debilidad de la carne humana la santidad del que por nosotros fue hecho Pontífice «santo, inocente, inmaculado, apartado de los pecadores» (Hb 7,26).

Pero volvamos a la exhortación del papa Francisco *Gaudete et exsultate*. Hagamos un resumen del documento.

Ya desde el inicio dice lo siguiente: «No es de esperar aquí un tratado sobre la santidad, con tantas definiciones y distinciones que podrían enriquecer este importante tema, o con análisis que podrían hacerse acerca de los medios de santificación. Mi humilde objetivo es hacer resonar una vez más el llamado a la santidad, procurando encarnarlo en el contexto actual, con sus riesgos, desafíos y oportunidades. Porque a cada uno de nosotros el Señor nos eligió para que “fuésemos santos e irreprochables ante él por el amor” (Ef 1,4)» (n. 2).

La exhortación contiene 177 números estructurados en una introducción, cinco breves capítulos y una conclusión.

La introducción es un llamado, siempre actual, a vivir la santidad en el contexto de hoy a pesar de las dificultades, riesgos, desafíos y oportunidades que encontramos en el mundo presente. Ese llamado está fundamentado en el discurso de la montaña (cf. Mt 5-7) en donde Jesús propone un nuevo estilo de vida a la muchedumbre (nn.1 y 2).

El capítulo 1, titulado *El llamado a la santidad*, comprende los números del 3 al 34. Nos recuerda el papa que al contemplar esos hombres y mujeres de carne y hueso que vivieron a plenitud el Evangelio, ellos nos alientan y acompañan, y son referentes para nuestra vida de fe y están en comunión de amor con nosotros desde el cielo (Iglesia triunfante). Del mismo modo, nos invita a ver la santidad en las personas cercanas, las de la puerta de al lado, porque ese llamado de Dios es para nosotros hoy (Iglesia militante). Nos santificamos por medio de la oración y del servicio amoroso. Es una transformación que debe llevarnos a amar más la vida y a ser mejores personas. La santidad no nos despersonaliza. No es sano amar el silencio y rehuir el encuentro con el otro, desear el descanso y rechazar la actividad, buscar la oración y menospreciar el servicio. Esto no implica despreciar los momentos de quietud, soledad y silencio ante Dios. La santidad nos hace más vivos, más

humanos. Y es en la Iglesia, santa y compuesta de pecadores, donde encontraremos todo lo que necesitamos para crecer hacia la santidad.

Continuando con esta valiosa exhortación, llegamos al capítulo 2 que lleva por nombre *Dos enemigos sutiles de la santidad* y que comprende los números del 35 al 62. Quiere el papa Francisco llamar la atención acerca de dos falsificaciones de la santidad que podrían desviarnos del camino: el *gnosticismo* y el *pelagianismo*. En los dos casos, ni Jesucristo ni los demás interesan verdaderamente. Son desviaciones que nos alejan del auténtico llamado de Dios a empezar una nueva vida llena de su gracia y de su misericordia. La santidad no está en la acumulación y comprensión de conocimientos de doctrinas, encorsetada en una enciclopedia de abstracciones, pero que no toca la carne sufriente de Cristo en otros (gnosticismo).

El gnosticismo reduce la enseñanza de Jesús a una lógica fría y dura que busca dominarlo todo. Se trata de una superficialidad vanidosa: mucho movimiento en la superficie de la mente, pero no se mueve ni se conmueve la profundidad del pensamiento. Tampoco está la santidad en el poder y voluntad de la persona que se propone la santidad sin necesidad de la gracia (pelagianismo). Esta voluntad humana, no permeada por la gracia, es una voluntad sin humildad, no reconoce los límites y no deja espacio para que la gracia nos vaya transformando poco a poco de forma progresiva. La vida de la Iglesia se convertiría en una pieza de museo o en una posesión de pocos. Es quizás una forma sutil de pelagianismo. No olvidemos que somos justificados, no por nuestras obras o esfuerzos, sino por la gracia. ¡Qué bien lo expresan san Agustín, san Juan Crisóstomo y san Basilio Magno! Queda claro que la santidad es obra de la gracia, con nuestra humilde colaboración, manifestada en la caridad que ve el rostro de Dios en el más necesitado.

Llegamos ahora al capítulo 3 que se titula *A la luz del Maestro*. Va de los números 63 al 109. Nos dice Francisco que nada es más iluminador que volver a las palabras de Jesús y recoger su modo de transmitir la verdad. Jesús explicó con toda sencillez qué es ser santos, y lo hizo cuando nos dejó las bienaventuranzas (cf. Mt 5,3-12; Lc 6,20-23). Son como el carnet de identidad del cristiano. Así, si alguno de nosotros se plantea la pregunta: «¿Cómo se hace para llegar a ser un buen cristiano?», la respuesta es sencilla: es necesario hacer, cada uno a su modo, lo que dice Jesús en el sermón de las bienaventuranzas. En ellas se dibuja el rostro del Maestro, que estamos llamados a transparentar en lo cotidiano de nuestras vidas.

Santo es el pobre de espíritu, el que reacciona con humilde mansedumbre, el que sabe llorar con los demás, el que busca la justicia con hambre y sed, el que mira y actúa con misericordia, el que mantiene el corazón lim-

pio, el que siembra paz a su alrededor, el que acepta cada día el camino del Evangelio aunque traiga problemas. Por tanto, aquí está el espejo del hombre santo, y no en ese «blanquear los ojos en un supuesto éxtasis» (n. 96).

Entramos al capítulo 4 llamado *Algunas notas de la santidad en el mundo actual* (nn.110-157). Muy a su estilo concreto y práctico, el papa Francisco nos recuerda algunas exigencias para vivir la santidad hoy: la capacidad de aguante, la paciencia y la mansedumbre; la alegría y el sentido del humor; la audacia y el fervor; el sentido de la vida en comunidad y la perseverancia en la oración. Además, nos manifiesta algunos riesgos y límites de la cultura de hoy: la ansiedad nerviosa y violenta que nos dispersa y nos debilita; la negatividad y la tristeza; la acedia cómoda, consumista y egoísta; el individualismo, y tantas formas de falsa espiritualidad sin encuentro con Dios que reinan en el mercado religioso actual.

Finalmente, el capítulo 5, titulado *Combate, vigilancia y discernimiento*, abarca estos números: del 158 al 175. Aquí el papa nos recuerda que la vida cristiana es un combate permanente. Se requieren fuerza y valentía para resistir las tentaciones del diablo y anunciar el Evangelio. Nuestro camino hacia la santidad es una lucha constante. Quien no quiera reconocerlo se verá expuesto al fracaso o a la mediocridad. Para el combate tenemos las armas poderosas que el Señor nos da: la fe que se expresa en la oración, la meditación de la Palabra de Dios, la celebración de la Misa, la adoración eucarística, la reconciliación sacramental, las obras de caridad, la vida comunitaria, el empeño misionero. Esta lucha es muy bella, porque nos permite celebrar cada vez que el Señor vence en nuestra vida.

Para saber superar todo obstáculo en la vida de santidad, necesitamos el don del discernimiento que no supone solamente una buena capacidad de razonar o un sentido común, es también un don que hay que pedir. Si lo pedimos confiadamente al Espíritu Santo, y al mismo tiempo nos esforzamos por desarrollarlo con la oración, la reflexión, la lectura y el buen consejo, seguramente podremos crecer en esta capacidad espiritual, y así no convertirnos fácilmente en marionetas a merced de las tendencias del momento.

Termina esta exhortación con una rica conclusión (nn. 176-177) en la que el sucesor de Pedro nos recuerda a la Santísima Virgen María como la mujer bienaventurada que vivió la santidad de su Hijo. El papa desea que estas páginas sean útiles para que toda la Iglesia se dedique a promover el deseo de la santidad.

En forma de preguntas, se podría resumir esta exhortación así:

¿Qué es la santidad? La santidad se reduce en vivir las bienaventuranzas (65-94). «La santidad no es sino la caridad plenamente vivida» (Benedicto

XVI, 13 de mayo 2011) (20). ¿Quiénes deben ser santos? Todos los bautizados. Leamos el número 14: «¿Eres consagrada o consagrado? Sé santo viviendo con alegría tu entrega. ¿Estás casado? Sé santo amando y ocupándote de tu marido o de tu esposa, como Cristo lo hizo con la Iglesia. ¿Eres un trabajador? Sé santo cumpliendo con honradez y competencia tu trabajo al servicio de los hermanos. ¿Eres padre, abuela o abuelo? Sé santo enseñando con paciencia a los niños a seguir a Jesús. ¿Tienes autoridad? Sé santo luchando por el bien común y renunciando a tus intereses personales». ¿Cuáles son las notas de la santidad? Aguante, paciencia y mansedumbre (112-121); alegría y sentido del humor (122-128); audacia y fervor (129-139); en comunidad (140-146); en oración constante (147-157). ¿Qué obstáculos y enemigos tenemos para ser santos? El gnosticismo y el pelagianismo (35-62). ¿Qué medios tenemos para ser santos? Combate, vigilancia y discernimiento (159-177), y también la Virgen Santísima (n.176). ¿Frutos de la santidad? Paz y gozo en el Espíritu (164), identificación con Cristo y sus deseos (16), fuerza, vida y alegría (32), nos hace más humanos (34).

Leer y meditar este documento del papa Francisco ayuda a tomar en serio esta tarea que tenemos como bautizados y seguidores de Cristo de ser santos. Así compartiremos una felicidad que el mundo no nos podrá quitar.

Ecclesia*

* Este editorial ha sido preparado por el P. Antonio Rivero, L.C., doctor en teología espiritual por el Ateneo Regina Apostolorum, profesor de espiritualidad en Monterrey (México), conferencista y predicador de seminaristas y sacerdotes diocesanos en Latinoamérica.